

El precio del petróleo

Francis Gutmann

EL precio del petróleo es uno de los elementos considerados por la opinión pública como signo de prosperidad o de riesgo en función de si aumenta o disminuye. En la actualidad, dentro de una tendencia a mantenerse bajo, el precio permanece relativamente estable. En esta situación, nadie se pregunta si este estado de cosas es normal ni cuánto puede durar. A decir verdad, se han hecho tantas previsiones sobre el precio del petróleo en los últimos veinte años que resulta ya imprudente pretender hacer pronósticos. A lo sumo, podemos tratar de analizar en mayor profundidad sus rasgos actuales, situando en su perspectiva histórica y económica el problema del precio del petróleo.

Al contrario de lo que cabría pensar, el precio del petróleo no ha sido siempre inestable. Hasta la fecha tan sólo ha conocido dos períodos de fuertes variaciones. El primero, cuando el petróleo únicamente se utilizaba para el alumbrado, se extiende desde el descubrimiento del coronel Drake hasta finales de los años 1870. En cuanto al segundo, comienza a principios de los años setenta de este siglo, tras 25 años de un fuerte crecimiento del consumo.

Entre estos dos períodos, el precio del crudo no experimentó más que variaciones débiles. Durante más de 30 años, a partir de 1875, Rockefeller controló el mercado con la Standard-Oil. Después, tras la disolución de la Standard-Oil en 1911 y debido también a la Primera Guerra mundial, el precio marcó una tendencia al alza llegando a alcanzar su punto máximo en 1920, aunque hay que señalar que este aumento fue solamente de unos cuantos dólares. A lo largo de los decenios precedentes habían surgido otras compañías además de la Standard-Oil. Por iniciativa de Shell, la Standard-Oil, la Anglo-Iraní y ella misma, firmaron en 1928 el acuerdo de Achnacarry.

En una declaración preliminar, los firmantes constataban que “hasta el momento, cada gran compañía se ha ocupado de su exceso de producción y de cómo aumentar sus ventas en detrimento de las demás. El efecto resultante ha sido una competencia destructiva que ha conducido a unos precios de coste demasiado altos”. En consecuencia, había que reducir “la costosa multiplica-

Francis Gutmann, embajador de Francia, es presidente del Consejo de Administración del Instituto Francés del Petróleo. Durante los años 1985-1988 fue embajador en Madrid.

ción de las inversiones”. Tras esta declaración, los firmantes anunciaron siete principios que regirían la industria petrolífera durante más de 30 años y que constituirían un verdadero acuerdo de cártel: quedaban delimitadas las participaciones en el mercado, debería reducirse la producción allí donde fuera excedentaria y no podría crearse ninguna instalación suplementaria si no respondía a una nueva demanda.

El objetivo del acuerdo quedaba claramente establecido: la estabilización del mercado mundial. En las disposiciones prácticas para la aplicación del acuerdo se precisaba, sin embargo, que éste no se aplicaría al mercado norteamericano que, en cierto modo, quedaba así neutralizado. Finalmente, las disposiciones federales tomadas con posterioridad, concretamente en nombre de la defensa de los intereses de los pequeños productores, vinieron a completar el acuerdo de Achnacarry.

El régimen de precios resultante duró una treintena de años, hasta 1960. En concreto, perseguía la supresión de toda diferencia de precio en un mismo mercado, para un mismo producto y fuera cual fuese su origen.

Bajo el régimen de la Standard-Oil, dada su posición dominante como exportadora, el precio de referencia era el que ésta fijaba. Con el acuerdo de Achnacarry y sus prolongaciones americanas, el precio de referencia pasó a ser el precio de Nueva York, encarecido por los gastos de transporte durante todo el período en que Nueva York fue el principal mercado de exportación. Cuando con el desarrollo petrolífero de Tejas, el golfo de México se convirtió a su vez en el primer centro exportador, el precio allí establecido se convirtió en el de referencia. Más tarde, al aumentar la producción del golfo Pérsico, al tiempo que el consumo europeo alcanzaba valores importantes, el sistema del precio único se reveló inadecuado. En 1947, inmediatamente después de la guerra, los precios de Oriente Próximo se desmarcaron de los americanos, pero unos y otros debían ser iguales en la frontera de las dos zonas.

De esta rápida descripción de las primeras fases de la historia del petróleo se pueden destacar tres puntos:

- No ha habido prácticamente nunca un verdadero mercado libre del petróleo. Muchas de las prácticas de esa época (acuerdos entre productores, precio de referencia) las encontraremos integradas, con posterioridad, en la OPEP.

- Los períodos de dominación por parte de Rockefeller o de acuerdos entre compañías no condujeron a precios muy elevados sin que a cambio, la moderada cotización del barril llevase a un estancamiento de la producción.

- El crecimiento constante de las necesidades, los acuerdos y las perspectivas de desarrollo crearon el clima de estabilidad idóneo para que las compañías dispusiesen de la visibilidad necesaria para invertir.

Entre el final de la Segunda Guerra mundial y aproximadamente 1970, el mercado iba a estar dominado por un fuerte crecimiento de la demanda de petróleo. Como éste en la época provenía de yacimientos aún relativamente fáciles de encontrar y de explotar, y como aparecían entonces nuevas fuentes, el énfasis se puso en el aumento de los volúmenes y no en el aumento de los precios, que permanecieron estables a lo largo de los años cincuenta, salvo en 1957, cuando tuvo lugar la crisis de Suez durante la que experimentaron un breve incremento.

Durante los años sesenta, el precio del barril llegó incluso a bajar. Sin embargo, tras esta aparente estabilidad, la situación comenzaba a evolucionar bajo el efecto de dos tendencias. Por una parte, los países grandes consumidores eran cada vez más dependientes de las importaciones: en 1948, Estados Unidos, hasta entonces país exportador, se convierte en importador neto y en 1970 su producción empieza a disminuir.

Por otra parte, los países exportadores, más independientes o más nacionalistas, antes de llegar a reducir las compañías al mero papel de comprador y refinador, reivindicaron para sí una mayor parte de los beneficios.

Esta oposición entre las compañías y los Estados, que duraría largo tiempo, aparece reflejada por primera vez en la crisis iraní de los años cincuenta con Mossadeq, crisis avivada por la actitud de los independientes americanos dispuestos a hacer concesiones a los gobiernos con tal de hacerse un nombre en detrimento de las grandes compañías. El conflicto se agravó cuando la abundancia de la producción petrolífera de Oriente Próximo produjo una caída de los precios y consecuentemente, dado que éstos constituían su fundamento, de los ingresos fiscales. Fueron las reacciones de los gobiernos ante esta situación las que condujeron en 1960 a la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

Muy pronto, los Estados productores querrán fijar por sí mismos el precio de base fiscal. Argelia y Libia se mostraron los más determinados a hacer subir las apuestas. Sucesivas conferencias trataron sin embargo de disipar las tensiones. Tras el fracaso de la primera de ellas en Caracas, en diciembre de 1966, una reunión en febrero de 1971 en Teherán da lugar a un acuerdo, limitado al golfo Pérsico, que aumenta el volumen del impuesto y su precio de base y prevé, además, un incremento regular para reflejar el aumento de la demanda.

En 1971, el acuerdo de Trípoli traslada el régimen de Teherán a los crudos mediterráneos con algunos impuestos suplementarios. Posteriormente, estas medidas se aplicarán a los crudos nigerianos y saudíes.

La depreciación del dólar, tras la decisión norteamericana en el verano de 1971 de poner fin a su convertibilidad y su posterior devaluación en febrero de 1973, ponen en tela de juicio los frági-

les equilibrios existentes. Dos acuerdos firmados en Ginebra, uno en 1972 y otro en 1973, van a tratar –pese a todo– de mantener los regímenes en vigor mediante algunas adaptaciones. A lo largo de este proceso de más de 15 años de interminables discusiones, los Estados habían comenzado ya a reivindicar que se les reconociera su soberanía sobre los yacimientos nacionales: Argelia, Irak y Libia nacionalizan todo o parte de los intereses extranjeros y los países árabes más moderados prevén tomar en las sociedades concesionarias participaciones que van del 25 por cien en 1973 hasta un 51 por cien en 1982.

De este modo, el equilibrio de fuerzas va cambiando paulatinamente no sólo entre los Estados productores y las compañías, sino también, y quizá sobre todo, respecto al extranjero, a consecuencia de la mayor dependencia energética de los principales países consumidores, en concreto Estados Unidos. Los acuerdos del pasado no eran más que una especie de armisticios que reducían las tensiones temporalmente sin llegar a eliminarlas de verdad. Es a partir de esta época cuando el precio del crudo, extrañamente estable en dólares constantes desde finales del siglo pasado, comienza a aumentar ligeramente.

Las tensiones, hasta entonces de naturaleza principalmente económica y financiera, iban a tomar otro matiz y otra dimensión. Durante los siguientes veinte años, las crisis del petróleo y las consecuentes inestabilidades tendrán un origen a menudo más político que petrolífero.

¿Un precio político?

A partir de la guerra de los Seis Días, en 1967, entre Israel y los países árabes, éstos decidieron convertir el petróleo en un arma política. El embargo a Gran Bretaña y a Estados Unidos, acusados de apoyar a Israel, se revelaría no obstante inoperante debido a la existencia, en aquel momento, de importantes capacidades excedentarias en el mundo.

Con posterioridad, el mercado comenzaría a ser objeto de tensiones políticas. Diez días después del inicio de la guerra del Yon Kipur, la OPEP decidía aplicar una reducción sobre las exportaciones, así como un embargo sobre sus ventas a algunos países, en concreto Estados Unidos, hasta que los israelíes no evacuaran por completo los territorios ocupados desde 1967. El embargo sería rápidamente levantado para todos los países occidentales concernidos, que votaron la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, exigiendo la retirada de los israelíes. Pese a todo, el movimiento de limitación de las exportaciones había comenzado.

La crisis se había desatado precisamente cuando desde hacía algunos meses se llevaban a cabo en Viena discusiones entre las compañías y la OPEP, a iniciativa de esta última, para revisar los acuerdos de Teherán. El 16 de octubre, al tiempo que la OPEP establecía restricciones sobre sus exportaciones, los seis princi-

pales Estados del Golfo fijaban unilateralmente una reducción del 70 por cien sobre el precio del crudo, seguidos de Argelia, Libia y Nigeria, que llevarían el porcentaje de lo que les concernía hasta el 90 por cien. En diciembre, en Teherán, la OPEP fijaba por una parte, un nuevo precio oficial del crudo, cuatro veces superior al precio de octubre y, por otra, anunciaba que el nivel de precios estaría en función de las necesidades recaudatorias del país exportador.

El acuerdo de Nueva York era ya prácticamente inaplicable. Las nacionalizaciones o participaciones de los Estados se extendieron rápidamente. La crisis política había revelado la gran vulnerabilidad económica y psicológica de los grandes países consumidores. La OPEP había tratado de aprovecharse de ella no ya para fines políticos sino para satisfacer sus intereses financieros.

Los occidentales no tardaron en reaccionar: políticamente, cuando los norteamericanos trataron, en vano, de definir con los europeos una postura dura frente a los árabes; económicamente, con tres tipos de medidas:

- Una movilización de Estados Unidos, sin éxito, para poder prescindir de toda importación de petróleo en el plazo de algunos años.

- Un incremento del esfuerzo de las compañías para extender sus reservas fuera de la OPEP e, incluso, desarrollar sus refinerías.

- Una política activa de ahorro de energía, sobre todo en Europa, favorecida además por el alza de los precios del petróleo.

Este aumento brutal del petróleo, al que seguiría el del precio de otras materias primas como el fosfato, vino a perturbar una economía ya debilitada por la política monetaria y comercial de EE UU de los últimos años. Se hizo sentir la recesión, al tiempo que la inflación se agravaba. Disminuyó el consumo de productos petrolíferos. A partir de 1975, la oferta de petróleo se convierte en excedentaria. La OPEP, siguiendo los deseos de parte de sus miembros, prefiere, antes que bajar los precios, reducir su producción. Sin embargo el mantenimiento de los precios es relativo debido a la bajada del dólar. Mientras, todos los países en vías de desarrollo se ven obligados a disminuir sus importaciones y a endeudarse para poder hacer frente al encarecimiento de los productos manufacturados occidentales. Los países productores se deciden entonces a reducir sus precios. Parece anunciarse una mejora económica en los países consumidores, hasta que la crisis iraní desató la segunda crisis petrolífera.

La causa de esta crisis es de orden puramente político, aunque ya no se trata del “arma del petróleo”. La crisis de Irán conlleva la caída de la producción en este país. En contrapartida, otros países del Golfo intentarán aumentar su propia producción.

Por temor a la penuria, se anunciará una subida: el precio del crudo sobrepasa los 30 dólares el barril. En Rotterdam se desarrolla, al margen del mercado a largo plazo, un mercado *spot*.

Estas nuevas modalidades van a agravar la inestabilidad del mercado. Paulatinamente, los precios *spots* provocan que los precios oficiales se disparen.

Para comprender esta evolución, hay que tener presente la nueva configuración del mercado petrolífero después de la primera crisis petrolífera. Bajo el antiguo sistema, la comercialización del crudo se hacía sobre la base de contratos a largo plazo. Se creaban nuevas capacidades de producción en función, únicamente, de la existencia de nuevas necesidades y en relación con contratos de suministro. Por lo demás, los precios se mantenían lo suficientemente bajos como para desanimar a los *outsiders* de intervenir. No existía un mercado *spot* más que para productos terminados localmente y excedentarios.

La intervención de los Estados en las compañías productoras, o incluso su nacionalización, debía conducir al otorgamiento a los antiguos concesionarios de los derechos prioritarios sobre la producción en condiciones contractuales definidas. Por su parte, las compañías nacionales obtuvieron un derecho de recompra sobre parte de la producción. No cabe duda de que no disponían de los servicios comerciales necesarios para comercializar grandes cantidades. Pero, aunque estas sociedades se encargaban de vender cantidades marginales respecto del mercado, adoptaron también el hábito de fijar ellas mismas los precios de venta de las correspondientes transacciones *spots*.

Después de la crisis iraní, las cuotas *spots* aumentaron bruscamente, llegando a sobrepasar los 30 dólares e incluso los 37, mientras el precio oficial rondaba los 20 dólares. Es evidente que esta situación no podía durar. Poco a poco todos los precios experimentaron un alza, aunque estos aumentos no se produjeron ni simultánea ni uniformemente. Reinaba una anarquía absoluta: los intentos de los gobiernos europeos y después también del japonés y del de EE UU para restringir el desarrollo de los mercados libres fracasaron, aunque es también cierto que muy pocos países occidentales estaban verdaderamente dispuestos a actuar. Un intento de diálogo con la OPEP tampoco resultó fructífero.

El precio oficial del barril, que en 1978 era de 12,70 dólares, sobrepasaba los 20 un año más tarde, llegando a alcanzar los 30 dólares dos años después. La economía mundial atravesaba una fuerte recesión. Los países occidentales, que habían sabido controlar sus importaciones decidieron reducirlas. El mercado *spot* de Rotterdam se apaciguó. La OPEP prefirió disminuir su producción a bajar los precios. En septiembre de 1980 estallaba la guerra entre Irán e Irak. Pudo haber servido para que se replantease todo de nuevo, tanto por razones psicológicas como porque la oferta de petróleo se vio privada de la producción iraní y de parte de la iraquí. Sin embargo, los restantes países miembros de la OPEP aumentaron proporcionalmente su producción. De este modo, despearon todo riesgo de penuria o crisis. El crudo "árabe li-

gero" iba a permanecer durante un cierto tiempo en 34 dólares el barril.

Es interesante subrayar que la reacción de los países árabes hacia los clientes occidentales no tenía ya nada de político. Había que evitar que empeorase la precariedad del mercado, que es lo que habían provocado algunos países con el aumento de su producción. La mayoría de los grandes consumidores era favorable a Irak, o al menos simpatizaba más que con Irán, lo que ayudó, sin lugar a dudas, a los países árabes solidarios con Bagdag y contrarios a Teherán, a reaccionar como lo hicieron, aunque no fue la motivación principal. En cambio, hay que señalar que la OPEP sobrevivía a la crisis pese a los conflictos o divergencias de intereses entre sus miembros.

A partir de 1981, comenzó a notarse el efecto de los cambios acontecidos en el período anterior. Los elevados precios antaño establecidos por instigación de la OPEP favorecieron la exploración y la puesta en funcionamiento de nuevos yacimientos, principalmente fuera de los países de la OPEP. Por otra parte, las políticas de control sobre la energía comenzaron a dar sus frutos y Estados Unidos, largo tiempo reticente, terminó adoptando medidas a este respecto. Podemos decir, por lo tanto, que al mismo tiempo el petróleo y la OPEP perdieron parte de sus mercados. A esto hay que añadir una coyuntura mundial morosa.

Una vez más, los productores prefirieron reducir su producción a bajar los precios. Algunos, sin embargo, no aplicaron la decisión tomada. Arabia Saudí cambió de actitud: hasta el momento había aceptado desempeñar un papel mayor en el ajuste de la demanda consintiendo en disminuir sus ventas más allá de lo que equitativamente debía ser su parte dentro del esfuerzo común. Ahora rechazaba mantener ese papel. En un período de varios meses, Arabia Saudí va a firmar con algunas compañías importantes contratos, ya no centrados en el precio oficial sino en el precio *net back* (precio teórico calculado sobre la base del precio de mercado, incluidos productos refinados). Previa compra de una parte de la demanda, los saudíes hacen ver a los demás productores que si siguen vendiendo demasiado petróleo, ellos tampoco reducirán sus ventas.

Durante varias semanas, el precio del petróleo va a experimentar fuertes e intensas variaciones. Miembros de la OPEP, excluida Arabia Saudí, afirmaron su voluntad de defender "una justa parte del mercado". Por primera vez, la OPEP parecía renunciar a dar prioridad a la defensa de los precios sobre todo lo demás. El mercado, de nuevo libre, buscaba su punto de equilibrio. Bajaron los precios. Los yacimientos externos a la OPEP ya no eran explotables debido a los costes de producción. En otros casos, sólo podían seguir produciendo mientras hicieran un esfuerzo continuo en investigación y desarrollo para disminuir los costes. Los precios efectivos de venta, en cambio, no cesaron de disminuir. Los miem-

bro de la OPEP junto con otros productores adoptaron otras reducciones en la producción. Ni soviéticos, británicos o noruegos intervinieron en la toma de estas decisiones.

Pese a estos descensos, la situación permaneció tolerable durante largo tiempo para los productores, porque el valor del dólar siguió aumentando. La consecuencia directa de la subida del dólar fue la de duplicar, para los países consumidores, el impacto del segundo choque petrolífero.

A partir de 1985 sobreviene la caída brutal del dólar. Al final del mismo año, las perturbaciones del mercado petrolífero condujeron a un fuerte descenso del precio del petróleo. Los efectos de la segunda crisis petrolífera, prolongada y amplificada por la subida del dólar, quedaron entonces anulados. Como, por otra parte, los efectos de la primera crisis habían sido borrados o superados, se estableció un nuevo equilibrio de fuerzas que se mantuvo hasta las vísperas de la crisis del Golfo.

Los problemas de la OPEP

Resulta interesante examinar cómo vivió la OPEP los diversos sucesos acontecidos entre 1974 y 1990. Para abordar esta cuestión aludiré con frecuencia al ejemplar trabajo realizado en París, en septiembre de 1973, con motivo del coloquio "Signos para el futuro", por el ex ministro argelino, también ex presidente de la OPEP, Sadek Boussena.

El objetivo constante de la OPEP ha sido el de preservar, y si cabe aumentar, los beneficios de los países exportadores, actuando sobre los precios y la producción. Pueden distinguirse tres fases:

De 1973 a 1981, pese a una contención al principio del período, la demanda mundial es relativamente alta. Los miembros de la OPEP deciden establecer unilateralmente los precios (*posted prices*) que sirven de base al cálculo de los impuestos. Un poco más tarde, llegan incluso a fijar los precios efectivos de venta de su petróleo. Aumentan, además, diversos impuestos y gravámenes. De este modo, sus recursos se incrementan de forma considerable. Todo esto, sin embargo, lo hicieron sin tener en cuenta las modificaciones estructurales que las disposiciones que habían tomado iban a acarrear en la industria petrolífera mundial.

De 1981 a 1986, se registra un descenso progresivo de las ventas de la OPEP. Como contrapartida a las medidas adoptadas en la etapa anterior, se comienzan a explotar y desarrollar nuevas fuentes. La OPEP pierde la posición dominante que antes le permitía establecer por su cuenta los precios de venta. Estos tienden entonces a bajar y la OPEP trata de contenerlos reduciendo su producción. El establecimiento de un tope global y de unas cuotas particulares de producción no logra frenar la caída del precio del barril ni la de las ganancias. Como señala F. Chalabi, en el trabajo citado de S. Boussena, "la OPEP había subestimado, incluso ignorado, una regla elemental de la economía petrolífera: si a corto

plazo el efecto de la elasticidad-precio de la demanda es débil, su impacto es muy alto a medio y largo plazo”.

Una tercera fase comienza en 1986 y se extiende hasta la crisis del Golfo. La OPEP no ha sido capaz de evitar la bajada de los precios. Padece una reducción de sus exportaciones a la mitad. Tiene que hacer frente a la vez a los competidores petrolíferos y al desarrollo de energías sustitutivas, sin olvidar el efecto de las políticas de control sobre la energía. La OPEP va a tratar de reconquistar su parte en el mercado utilizando con versatilidad los precios y la producción. Logra avanzar algunas posiciones definiendo el precio de referencia, un tope y unas cuotas de producción con valor puramente indicativo. Sin embargo, al mantenerse bajos los precios, sus miembros logran, todo lo más, mantener sus ingresos. Mientras, el excedente mundial de capacidad conduce a un aumento de la competencia y los miembros de la OPEP terminan por no respetar las cuotas propuestas.

Es entonces cuando, en vísperas ya de la guerra del Golfo, un acuerdo marca la vuelta a las disposiciones obligatorias: el precio mínimo de referencia en 21 dólares el barril, un tope de producción y cuotas. Queda establecido también el reparto de las demandas adicionales en función de las capacidades reales de cada país. Con la guerra, este acuerdo se vuelve obsoleto. Entraremos más adelante en lo que ocurrió con él.

En este breve resumen de las posturas de la OPEP de 1973 a 1990 hay que subrayar que éstas estuvieron determinadas por consideraciones económicas y financieras y no de origen político, pese a que en el origen de las crisis petrolíferas existiesen circunstancias políticas. En la definición de estas posiciones desempeña un papel crucial la evolución del contexto petrolífero internacional.

Hasta 1981, se mantuvo un cierto consenso entre los países con grandes reservas y los menos favorecidos, aquejados estos últimos por crecientes dificultades financieras. La estrategia de la OPEP consistió en buscar una mejora progresiva de los precios. Las eventuales divergencias internas hacían referencia exclusivamente al ritmo. A medida que, por la aparición de nuevos productores externos a la OPEP, las ganancias de ésta iban disminuyendo, empezó a desarrollarse la competencia entre los miembros de la organización. Esta se tradujo en la política de precios reales inferiores, según diversas modalidades, sobre los precios oficiales. La OPEP renunciaba a la noción de “precio oficial” para pasar al de “precio de referencia”. Aquellos miembros que disponían de mayores reservas comenzaron a no respetar sus cuotas de producción, mientras que los restantes pleiteaban por un precio mínimo de referencia con el fin de salvaguardar sus ingresos.

Este es el contexto en el que la OPEP aborda la crisis del Golfo y la nueva fase abierta: una fase de incertidumbre en torno a la importancia de la demanda adicional que deberá satisfacer y a la evolución de los precios, incertidumbres también sobre la ampli-

tud de las inversiones a realizar y los medios de financiarlas. Aunque parezca inverosímil, los miembros de la organización van a solicitar de las compañías los refuerzos financieros que les sean necesarios. Esta evolución no es, en realidad, más que un aspecto de una evolución general, una cierta toma de conciencia por parte de todos los protagonistas de la industria petrolífera: de los productores, de los consumidores y de su interdependencia.

Las compañías

Durante estos veinticinco años, las compañías han hecho algo más que mantener sus actividades. Con frecuencia, dando muestra de una gran capacidad de adaptación, han sabido desarrollarlas pese a las aparentes circunstancias adversas: por un lado, el creciente protagonismo de las sociedades estatales de los países productores; por el otro, el ahorro de energía, sobre todo en los países importadores de petróleo; finalmente la concurrencia de otras energías como la nuclear.

Entre la primera y la segunda crisis petrolífera, las compañías siguieron beneficiándose de hecho de una cierta integración, dado que tenían contractualmente el derecho de quedarse con una parte de la producción de sus antiguas concesiones otorgadas mediante contratos a largo plazo. La revolución iraní condujo a la disolución del consorcio de las grandes compañías que operaban en Irán. No todas las empresas son capaces de compensar la falta de recursos que padecen con el aumento de la producción conseguida en otros países, ni tampoco con contratos adicionales a largo plazo con otras compañías o Estados productores. Por este motivo, se volcaron hacia el mercado *spot*, que tomó repentinamente una nueva dimensión: se convertía en una especie de mercado paralelo a precio fuerte.

Cuando con la caída de la demanda de petróleo surge una oferta excedentaria, el mercado *spot* se convierte en la salida de las capacidades excedentarias de los productores. Los precios cayeron en picado por debajo de los precios oficiales. Las compañías, para aprovisionarse mejor, tendieron a favorecer a los mercados *spot* en detrimento de las compras mediante contratos. Por otra parte, cada vez con más frecuencia, lo llevaron a cabo acudiendo a los *traders* surgidos a medida que se desarrollaba el *spot*. Este llega ya a representar el 50 por cien del comercio internacional.

Estas diferentes evoluciones van a provocar que haya cada vez menos integración entre las compañías. En cuanto a ellas, convertidas en su conjunto en compradoras netas de crudo, fueron concentrándose sobre fases sucesivas del proceso, es decir, en el refinamiento y la distribución. Cuando a finales de 1985 Arabia Saudí decide realizar parte de sus ventas sobre la base de un precio *net back*, en realidad toma parte ya en un nuevo estado de cosas.

Esto no significa que ya no exista más *spot*. El precio del *spot* es también uno de los parámetros tenidos en cuenta para calcular

el precio teórico que significa el *net back*. Entre los parámetros restantes destaca el coste del refino. Las compañías van a estar cada vez más atentas a la naturaleza y calidad del refino y a sus capacidades de conversión.

El conjunto del mercado petrolífero se hace progresivamente más complejo. Acabamos de ver cómo intervenían en él parámetros como el refino, pero están también otros, como la calidad del crudo o el flete. Los mercados de los productos refinados están más localizados que el del crudo, que es mundial. Las compañías se ven cada vez más forzadas a llevar a cabo operaciones de arbitraje. Por otra parte, asistimos a la aparición de estos nuevos protagonistas, los *traders*, dependientes de grandes compañías y apoyados por grandes bancos.

El mercado petrolífero conoce, no obstante, junto a los contratos comerciales a largo plazo y las operaciones de *spot*, mercados a plazos de productos petrolíferos de orden financiero que permiten a pequeñas sociedades no integradas y a negociantes independientes protegerse del peligro de los precios. Sin embargo, estas operaciones no son de gran amplitud, a diferencia de las transacciones ficticias sobre carga que interesan sobre todo a las grandes compañías y a los principales intermediarios, y que constituyen el soporte de operaciones de arbitraje por ventas sucesivas en alta mar de un mismo cargamento.

Resultaría demasiado extenso enumerar aquí todos los aspectos que comporta el mercado petrolífero o describir sus modalidades. El hecho incuestionable es que las compañías han sabido ser parte activa en esta evolución, lo que les ha permitido ser protagonistas de la industria petrolífera. Su esfuerzo de adaptación se ha basado también en su contribución a un considerable desarrollo tecnológico cuyos efectos sobre la oferta y la demanda y, finalmente, sobre el precio del petróleo son también notables. Los presupuestos en investigación de las compañías petrolíferas han aumentado mucho en el período de 1970 a 1985. En Estados Unidos, por ejemplo, se han multiplicado por 2,3. Por su parte, Shell ha aumentado sus gastos en un 60 por cien.

En un primer momento, las investigaciones se centraron en la exploración y producción de yacimientos, hasta entonces considerados inaccesibles.

Por otra parte, con vistas a satisfacer los mercados, se llevó a cabo la conversión de combustible pesado en productos ligeros a medida que la demanda pasaba de unos a otros. Por lo que concierne a la exploración y producción, se pusieron a punto nuevas plataformas flotantes; además, gracias a las nuevas técnicas, se pudieron hacer perforaciones a gran profundidad. Las innovaciones técnicas llevadas a cabo entre 1973 y 1975 tuvieron consecuencias importantes: hicieron posible la explotación de yacimientos en Alaska y en el mar del Norte, favorecieron la prospección en México, Brasil, Egipto, India, África occidental y Yemen. Han contribui-

do también a modificar las relaciones en el mercado mundial, en el que la parte de la OPEP, que era del 54 por cien en 1973, pasa en 1985 al 30 por cien.

Los nuevos campos tenían el inconveniente de llevar al mercado petróleos relativamente caros respecto a otros procedentes de yacimientos cuyo coste de producción era mucho menor. Era necesario realizar un gran esfuerzo de investigación y desarrollo para reducir los costes de producción, lo que se vio claramente cuando al final de 1985 y principios de 1986, el precio del barril comenzó a bajar.

De este modo se logró, al mismo tiempo, que disminuyera el riesgo de la exploración, que aumentase la tasa de recuperación de petróleo en los yacimientos (del 20 por cien en 1970 pasa al 30 por cien en 1990) y unas condiciones particulares de explotación de pequeños yacimientos o de yacimientos en aguas profundas.

Como puede apreciarse, la industria petrolífera ha conocido transformaciones muy profundas que, del mismo modo que otros cambios experimentados en este período, influirán notablemente en la evolución posterior del mercado del petróleo y del precio del barril.

Presente y futuro

La situación actual puede resumirse del siguiente modo:

- Pese a las medidas adoptadas para el ahorro de energía y a pesar de la posición que han alcanzado otras energías como la nuclear en la producción de electricidad, el consumo de petróleo en el mundo no ha disminuido.

- Existe, no obstante, una capacidad excedentaria de petróleo.

- La OPEP ya no es responsable de la mayor parte de los intercambios internacionales. Por primera vez en la historia del petróleo no hay una compañía o un grupo dominante.

Durante varios decenios, el petróleo se ha caracterizado por una fuerte inestabilidad. El compromiso directo de los Estados productores ha sucedido al poder de las grandes compañías. Los países consumidores tratan de reducir su dependencia energética respecto de estos Estados. Hoy, las estrategias de unos y otros parecen doblegarse ante la evidencia de una interdependencia insuperable. Ninguno de ellos está satisfecho con la posición que ocupa. Los Estados, incluso los de los países productores donde las sociedades nacionales tienen más autonomía y parecen despolitizarse, se alejan mientras el mercado del petróleo va estabilizándose.

Existe, sin embargo, un cierto número de elementos desfavorables como la ausencia de una potencia dominante capaz de mantener un cierto orden general, como lo hicieron en varias ocasiones, a finales del siglo pasado, Rockefeller y la Standard Oil. Las relaciones actuales entre los protagonistas del mercado carecen ya de toda pasión, aunque la competencia continúa y, a menudo, los intereses no converjan. El problema más importante en la ac-

tualidad es el del precio. Desde el vuelco de 1985 ha permanecido bajo. Estaban acostumbrados a una especie de variación cíclica del precio del petróleo más allá de las perspectivas políticas; sin embargo, éste sigue siendo bajo pese a que al principio del verano de 1994 se remontó un poco, al tiempo que se produjo una relativa estabilidad debido a diversos factores, mal identificados, como por ejemplo el efecto de los acontecimientos políticos (Yemen, Nigeria). También ha podido influir un cierto anticipo generalizado de la recuperación económica o, quizá, el hecho de que algunos financieros que antes especulaban sobre los cambios se han trasladado hacia las materias primas.

El reciente crecimiento puede deberse a una corrección de los excesivos movimientos bajistas producidos por la liquidación masiva, en diciembre pasado, de las posiciones de una gran compañía en dificultades financieras. La creciente complejidad del mercado autoriza un mayor número de operaciones que pueden repercutir notablemente sobre los precios sin que afecte a volúmenes importantes. Cuando tuvo lugar la crisis de Kuwait, asistimos a una breve subida de los precios que, en realidad, no correspondía más que a intercambios muy marginales.

De forma general, no se considera que los movimientos recientes estén anunciando un aumento real del precio del petróleo. Hace un año se preveía una nueva fase alcista en el ciclo, conocido durante veinte años, de las bajas y alzas. Hoy, por el contrario, la opinión mayoritaria es que el precio del barril puede seguir bajo durante varios años.

Se ha observado que durante un largo período, excepto en las turbulencias del período anterior, el precio del barril en moneda constante se ha mantenido siempre entre los 10 y los 20 dólares y un precio medio de 15 dólares no tiene nada de deshonroso y aún menos hoy en que los progresos técnicos permiten, en la mayoría de los casos, rebajar los costes de producción. A esto hay que añadir que sigue existiendo una capacidad excedentaria de producción y que los países consumidores, aún en una cierta recesión, no desean ni lo más mínimo que aumente el precio del barril. No lo desean porque, gracias a su descenso, han podido aumentar los impuestos sobre los productos petrolíferos; si subiese el precio del petróleo no podrían, sin riesgo de desórdenes inflacionistas, mantener los mismos niveles impositivos. En definitiva, la situación general del mercado petrolífero no permite augurar un ascenso duradero del precio, el cual, pese a las oscilaciones a corto plazo, fruto de los nuevos mecanismos de mercado, debería permanecer entre los 12 y los 20 dólares. La situación no debería cambiar hasta principios del próximo siglo, momento en el que habría que explotar nuevos yacimientos con costes de producción muy elevados. Esta nueva fase no durará más que el tiempo necesario para que reaparezcan, con los nuevos yacimientos, nuevas capacidades excedentarias respecto de una demanda influida por las medidas

adoptadas por los países consumidores para reducir su dependencia petrolífera.

Sin la certeza de que este análisis vaya a ser forzosamente desmentido en el futuro, sí conviene precisar y considerar la probable evolución de la oferta y la demanda. Está generalmente admitido que el crecimiento del PIB mundial durante los próximos años debería acarrear un aumento de la demanda petrolífera. El crecimiento del PIB correspondería al desarrollo de Asia y en cierta medida de América Latina, el de la demanda haría referencia a las mismas regiones. También el consumo de los países de Europa central debería aumentar y la CEI podría restablecerse de aquí al año 2000. Más moderadamente, aumentaría el consumo de los países de la OCDE.

Frente al crecimiento del consumo mundial, es posible adelantar que la CEI y más concretamente Rusia y Kazajstán volverán a alcanzar sus anteriores niveles de exportación. Los progresos tecnológicos deberían permitir que se prolongase la explotación de yacimientos como los del mar del Norte y aumentase la tasa de recuperación del aceite en los yacimientos. Algunos países de América Latina, China y Asia contribuirán de modo considerable a aumentar la oferta. Sin embargo, los que deberán proporcionar la mayor parte de la oferta adicional de petróleo bruto son los países de la OPEP. Aunque hace veinte años que la dependencia petrolífera del mundo respecto de la OPEP no hace más que disminuir (la organización satisfacía en 1993 el 37 por cien de la demanda mundial frente al 50 por cien de veinte años antes), se prevé que a principios del 2000 vuelva a alcanzar su nivel anterior.

Se hace de nuevo necesario considerar la situación de la OPEP desde el cuádruple punto de vista de sus reservas financieras, sus capacidades de producción, las relaciones entre sus miembros y las que mantienen con los occidentales que, por el momento, siguen siendo los principales consumidores.

Según los datos proporcionados recientemente por N. Sarkis, director del Centro Árabe de Estudios Petrolíferos, la producción de la OPEP ha aumentado su volumen en un 60 por cien en los últimos ocho años, mientras que, en el mismo período, el valor de sus exportaciones ha descendido en un 40 por cien. En dólares corrientes, el "cesto" de crudo de la OPEP ronda los 16 dólares/barril frente a los 36,01 dólares de 1980 y los 12,97 dólares de 1986. En dólares constantes de 1994, el precio es aproximadamente de casi siete dólares, el más bajo de los últimos veinte años, muy lejos ya del precio de 1974, de 10,74 dólares. En opinión de Sarkis, esta caída de los ingresos petrolíferos de los países de la OPEP afecta a sus economías que afrontan, además, un crecimiento de sus poblaciones, que han pasado de 283,6 millones en 1974 a 470 millones de habitantes en 1993. Puede que en este dato residan los gérmenes de explosiones a más o menos largo plazo.

Si la OPEP debe recuperar su posición mayoritaria en la oferta mundial es fundamental que pueda invertir. Las sumas en juego son considerables dado que las capacidades necesarias lo son también: según la Agencia Internacional de la Energía, las nuevas capacidades serían más o menos equivalentes a la totalidad de las ya existentes. La OPEP corre el riesgo de no disponer de recursos suficientes para la financiación exigida. Por este motivo, varios de sus miembros recurren a compañías para invertir conjuntamente y posteriormente repartir la producción. Tampoco es del todo seguro que las compañías estén en condiciones de realizar el esfuerzo que se les exige, al que habría que añadir el esfuerzo necesario para el refinamiento. Todos los expertos coinciden en la necesidad de aumentar el precio del petróleo si quiere evitarse una nueva crisis petrolífera. Las cifras anunciadas varían: 20 dólares el barril en el año 2000 es un ejemplo. La Agencia Internacional de la Energía prevé para el 2010 la cifra de 27 dólares para permitir la explotación de yacimientos pobres. Los propios operadores consideran esta última cifra demasiado elevada.

Hemos visto anteriormente que no todos los miembros de la OPEP tienen los mismos intereses ni coinciden en sus opiniones en lo que concierne a la evolución de los precios. Esta tensión es cada vez mayor debido a la posición dominante que ocupa Arabia Saudí en el seno de la OPEP, como consecuencia del enorme peso que tiene en el mercado el aumento o disminución de su producción. Esta influencia le viene dada también por la capacidad de sus reservas que le permite, si lo desea, actuar sobre los precios. Por último, su peculiar relación, de la que hablaremos más adelante, con Estados Unidos no hace sino aumentar su protagonismo.

En lugar de favorecer una subida rápida de los precios y para impedir que, por culpa de un precio del barril demasiado alto, le surja competencia de la explotación de yacimientos nuevos en otros países, Arabia Saudí va a llevar a cabo una política de zonas de mercado. Lo que pretende es asegurar la estabilidad de sus rentas, no sólo evitando bruscas variaciones en los precios sino también a través de una integración progresiva en los mercados consumidores. Como puede verse, se comporta cada vez más siguiendo la política esbozada por las grandes compañías.

Hay, no obstante, otros países miembros de la OPEP que, debido a sus menores recursos, no tienen las mismas perspectivas que los demás. Cuentan con poderosas razones para querer restaurar e incluso aumentar sus ingresos. El conflicto es todavía mayor entre “los que tienen petróleo” y “los que tienen una gran población”. Los productores más pequeños no pueden abandonar la organización sin debilitarse aún más. ¿Podría acaso la crisis latente entre unos y otros conducir al fin de la OPEP? Nadie tiene interés en que esto ocurra y para evitarlo es probable que se llegue a unos compromisos, no sin pasar por algunas crisis, reflejo de las sucesivas relaciones de fuerza que existan.

Arabia Saudí declara que quiere desarrollar una cooperación con Japón, Europa y Estados Unidos. Si bien es cierto que con los dos primeros no hay ningún plan concreto, ni siquiera un verdadero diálogo, la evolución reciente de las relaciones petrolíferas entre saudíes y norteamericanos es, en cambio, un elemento clave de la futura evolución del mercado del petróleo y, en consecuencia, del precio del petróleo.

Un acontecimiento considerable en estos últimos años ha sido el hecho de que Estados Unidos importe la mitad, o incluso más, del petróleo que necesita. Este hecho es la consecuencia, por un lado, del aumento del consumo norteamericano y de los altísimos costes de producción de Estados Unidos y, por otro, de la ausencia, en nombre de la libertad de mercado, de una política destinada a reducir esta dependencia energética. Quedan muy lejos, en la actualidad, con Bush y ahora con Clinton, los tiempos de la resolución fijada por Nixon a este respecto. Es probable que el establecimiento de una zona de libre comercio con México y Canadá aporte un cierto suplemento de recursos para los norteamericanos, pero aun así, seguirán dependiendo en primera instancia de la OPEP y más concretamente de Arabia Saudí.

EE UU necesita ante todo paz en la zona para conseguir la seguridad de su aprovisionamiento de petróleo. Después de lo ocurrido en la crisis del Golfo y al no estar ya presente la URSS, está convenido de poder restablecer el orden rápidamente en el caso de que se vea amenazado. Todo transcurre como si, al dar prioridad a la política sobre la economía, pudiese estar al resguardo de toda crisis petrolífera (salvo quizá, algunas alteraciones del precio).

Por su parte, en el seno de la OPEP, Arabia Saudí siente que es la más fuerte, ya que Estados Unidos se encarga de garantizar su seguridad. La relación que, en nombre de la evolución deseada para el precio del petróleo, se ha establecido entre los dos países reviste una importancia singular. Existe el riesgo de que EE UU, concentrado en garantizar la seguridad de su economía a corto plazo, no esté dispuesto a favorecer el aumento progresivo y moderado pero necesario del precio del barril. Es, sin embargo, este aumento y las posibilidades de que se consiga, lo que determinará la decisión de los inversores, tanto si se trata de Estados como de compañías.

Han cambiado las posiciones y se procede a la redistribución de los papeles. En esto reside el mayor riesgo de nuevos desequilibrios, los cuales podrían evitarse con un verdadero y continuo diálogo entre los protagonistas que, sin excepción, si hacemos balance de estos últimos 20 años, han tenido que sufrir la inestabilidad de su tiempo.